

EL FLAUTISTA DE HAMELIN

Nº7





EL FLAUTISTA DE HAMELIN

Nº7

Érase una vez un pequeño pueblo llamado Hamelín, ubicado entre montañas. Sus casas estaban hechas de madera y piedra, con techos de tejas rojas y paredes blancas y ocre. La mayoría contaba con un pequeño jardín donde sus dueños cultivaban hortalizas, frutas y verduras. En el centro del pueblo se encontraba una plaza con una hermosa fuente y bancos de madera donde sus habitantes se reunían para charlar y pasar el rato; las calles eran estrechas y empedradas, con farolas de hierro forjado que iluminaban el camino en las frías noches; y las tiendas eran muy acogedoras, con escaparates llenos de productos frescos.



Los habitantes de Hamelín se caracterizaban por su amabilidad, una personalidad forjada por el esfuerzo y el trabajo -y su buen corazón-, ayudando siempre a los demás. Por el contrario, su alcalde, don Ricardo, era un hombre avaro y sin escrúpulos. Su ambición era hacerse rico y estar en la alcaldía hasta llegar a viejo. Este hombre, que era un gran amante de la gastronomía, tuvo una genial idea: él sabía que la comida era una forma de unir a la comunidad, mantener a los habitantes felices y contentos, y así poder continuar en su cargo. A don Ricardo no le faltaba razón en este caso, y es que *nuestro cerebro es muy inteligente y, cuando hacemos algo que nos gusta o que nos hace sentir bien -como comer un buen plato de nuestra comida favorita-, este es una fábrica de liberar sustancias. Un ejemplo es la dopamina, que es una molécula que utiliza nuestro cuerpo para comunicarse, y que tiene un importante papel en la regulación de los estados de ánimo y sensaciones positivas como la euforia o el placer. Sin embargo, la falta de esta sustancia puede provocar desinterés.*

Para evitar que los habitantes cayeran en ese desinterés, el alcalde cada mes organizaba un banquete en la plaza del pueblo para todos los vecinos. Estos festines eran todo un acontecimiento en el pueblo. La plaza se llenaba de mesas y sillas decoradas con flores y velas, mientras el aroma de la comida se esparcía por el aire. Los habitantes de Hamelín se vestían con sus mejores galas y acudían al banquete con una sonrisa en el rostro, ansiosos por disfrutar de la deliciosa comida. En él se servían todo tipo de manjares, desde asados y pescados frescos, hasta guisos y sopas calientes. También había una gran variedad de postres y dulces, como tartas de frutas, pasteles de chocolate y helados caseros. Mientras los habitantes comían y charlaban, la música sonaba de fondo, creando un ambiente alegre y festivo. Al final de la cena, el alcalde agradecía a todos su presencia y se despedía hasta el próximo banquete. Gracias a esta actividad recreativa, los vecinos de Hamelín se encontraban unidos y felices y sentían que, aunque vivieran en un pueblo pequeño, siempre podían contar con la alegría y el calor de su comunidad.

Hasta que un día, los festines se convirtieron en el centro de todos sus males, ya que en cada celebración se preparaba demasiada comida, y muchos de los restos sobrantes se tiraban a la basura, atrayendo a una gran cantidad de ratones al pueblo. Además, era importante no desperdiciar los alimentos, ya que cuando se malgastan, también se desaprovechan los recursos naturales para producirlos: agua, tierra y energía.

Los ratones se multiplicaron rápidamente y comenzaron a causar estragos en el pueblo. ¡Hamelín estaba sufriendo una plaga! Los ratones arrasaban a su paso comiéndose lo que encontraban y dejando sus excrementos por todas partes. Los vecinos intentaron deshacerse de ellos de muchas maneras, pero aquello no parecía tener fin. El mayor peligro de la plaga de ratones eran *las enfermedades que podrían transmitir a los humanos por medio de la zoonosis, y que están causadas por virus, bacterias, hongos, parásitos y otros organismos. Las zoonosis pueden producirse a través del contacto directo con animales infectados, sus excrementos o incluso por el agua contaminada.*



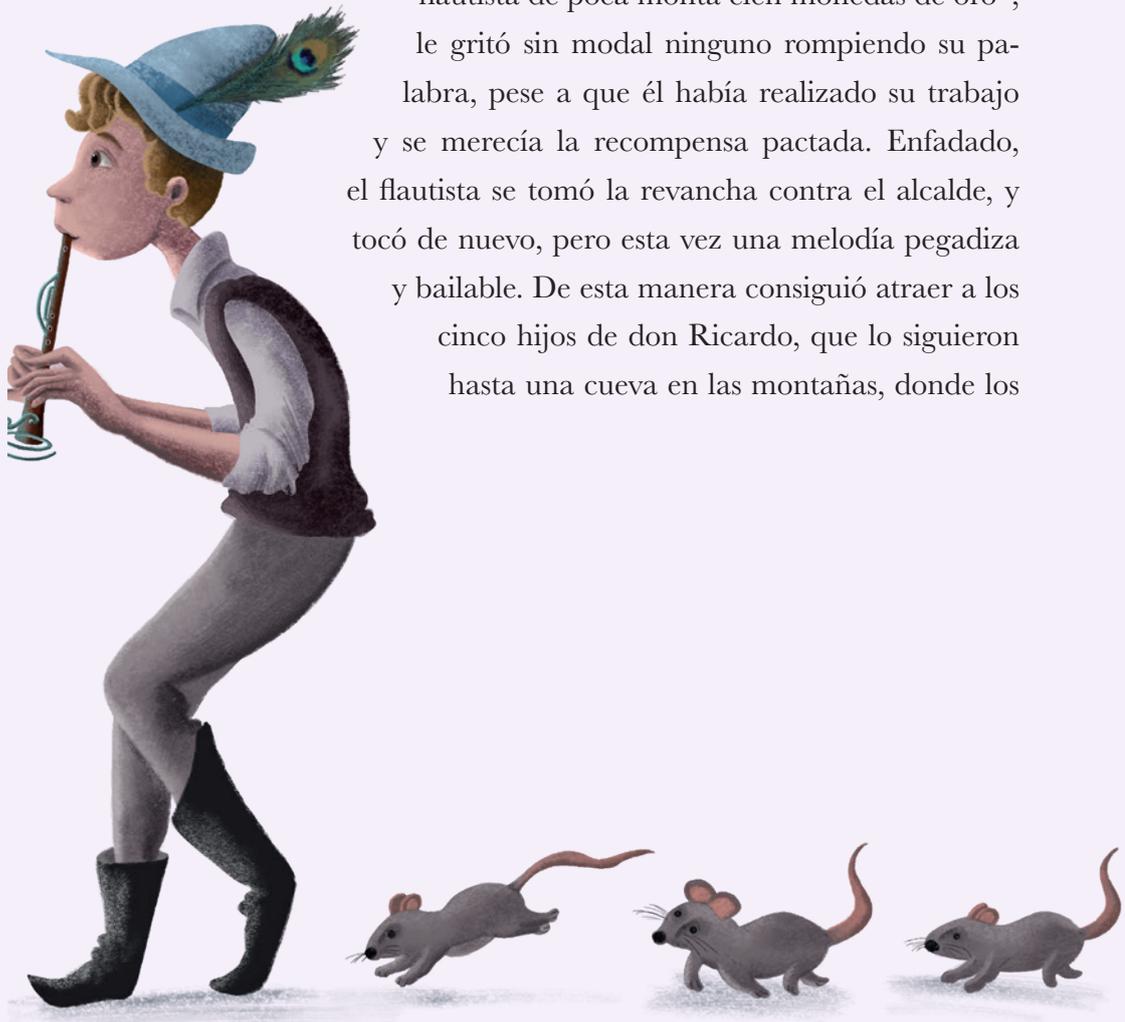
El pueblo estaba completamente desesperado hasta que un día apareció en la plaza un flautista viajero, que vivía de un trabajo de aquí y otro de allá, y que ofreció sus servicios para acabar con la plaga de ratones. El flautista andaba buscando su sitio porque nunca había encontrado un lugar donde encajar. Vestido con un gorro adornado por una pluma verdeazulada de pavo real en la parte trasera y botas puntiagudas, siempre iba acompañado por su futurista flauta recubierta de madera de ébano, de color marrón oscuro y borde redondeado en el extremo inferior. Don Ricardo, agobiado ante la situación, le suplicó ayuda y le ofreció cien monedas de oro si acababa con aquella plaga. Ese dinero provenía de los impuestos que pagaban los vecinos de Hamelín y era una fuente de ingresos muy importante para financiar proyectos y servicios públicos tales como la construcción y mantenimiento de las casas, la plaza, los banquetes y la educación, entre otros. Es como cuando compras dulces en una tienda y tienes que pagar el precio de esas chucherías, pero en este caso quien vende esos servicios es el ayuntamiento. El flautista aceptó y comenzó a tocar una melodía en su flauta. Los ratones, que parecieron hip-



notizados por el sonido en un primer momento, huyeron despavoridos. En cuanto a la melodía que emitía su flauta, se dice que era mágica e hipnótica, y que resonó en todo el pueblo. Aunque ya sabéis que no hay que creerse todo lo que cuentan por ahí. *Y es que, gracias a su moderna flauta, su dueño podía emitir sonidos que los humanos no somos capaces de oír. En este caso había utilizado ultrasonidos, que son ondas mecánicas que los seres humanos no podemos escuchar, porque son demasiado altas para nuestros oídos. Por ejemplo, los médicos utilizan los ultrasonidos para “ver” cómo está creciendo un bebé dentro del vientre de una madre o para comprobar la salud de un órgano. De esta manera, el flautista ahuyentó a los ratones, que se alejaron del pueblo de Hamelín para siempre.*

Cuando el flautista regresó para reclamar su recompensa, el alcalde, en un acto de avaricia y deshonestidad, se negó a pagarle la cantidad prometida.

“Te creerás que voy a darle a un forastero y flautista de poca monta cien monedas de oro”, le gritó sin modal ninguno rompiendo su palabra, pese a que él había realizado su trabajo y se merecía la recompensa pactada. Enfadado, el flautista se tomó la revancha contra el alcalde, y tocó de nuevo, pero esta vez una melodía pegadiza y bailable. De esta manera consiguió atraer a los cinco hijos de don Ricardo, que lo siguieron hasta una cueva en las montañas, donde los



mantuvo encerrados. ¡No estaban hipnotizados, ni nada de eso! *Los niños se sintieron atraídos por la música ya que, gracias a ella, se puede desarrollar la inteligencia emocional y ayuda a establecer vínculos. Además, no solo eso, sino que estimula las emociones y atracciones, que es lo que les hizo confiar en el flautista.* Los hijos del alcalde habían caído en la trampa. Don Ricardo, desesperado, le ofreció al flautista el doble de la cantidad inicial para intentar recuperar a sus retoños, pese a que eso supusiera vaciar las arcas del pueblo, arruinarlo y terminar con los festines. El flautista aceptó y liberó a los niños que se encontraban sanos y salvos. Incluso algunos dicen que más contentos que de costumbre, ya que durante los días que permanecieron cautivos, el flautista actuó como el mejor de los juglares medievales: les entretuvo a través de contar historias, recitar canciones y tocar melodías. Esta situación enseñó a don Ricardo la importancia de cumplir las promesas y tratar a los demás con justicia y respeto.



El pueblo, agradecido por la ayuda que había recibido, dio cobijo y cariño al flautista, que encontró su sitio amenizando las noches a los habitantes del pueblo a través de su música. Por su parte, él devolvió las doscientas monedas de oro por la gratitud que sentía hacia sus vecinos y para que se invirtieran en una buena causa, como evitar una nueva plaga de ratones a través de educar a los habitantes del pueblo sobre el consumo responsable de alimentos, o la creación de una escuela de música. De esa manera, el viajero dejó de ser nómada y se le conoció como el Flautista de Hamelín.

